

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 6 de Agosto de 1921.

Número 32.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

CARTA

Sr. D. José Nakens.

Estimable vecino:

A fines de Julio de 1920 comuniqué á usted mi visita junto con mi señora Limpia, pues aprovechando nuestra estancia en Bilbao no quisimos dejar pasar la ocasión para ver contenerse y echar miraditas lánguidas al Cristo milagroso; pero como ya le dije oportunamente, no conseguimos nuestro propósito. Quedamos, sin embargo, con este consuelo: que de los 250 000 curiosos que han ido á verle, á 225 000 les ha ocurrido lo que á nosotros, esto es, que no lograron ver que el Cristo diera señales de vida. Según podrá usted leer en el adjunto artículo—que como observará es á modo de balance de sociedad comercial—el dividendo de videntes ha sido un 10 por 100 (qué justo!) de los visitantes, pero sólo el uno por 100 han testimoniado por escrito lo han visto.

La parte más interesante del suodicho balance es, naturalmente, la que afecta á los monjes ó sean las 26 000 misitas que se han celebrado. Sólo con que hayan salido por término medio á 10 pesetas cada una (las de 2 pesetas, precio de tasa mínimo, habrán sido las más numerosas, pero como habrá habido muchas de 20, 50, 100 y más pesetas, pueden calcularse á 10 unas con otras) ¡y vaya un negocio colosal y creado sin capital alguno! Aparte de que las 130.000 comunicaciones habrán rendido también algo.

Lo que me ha llamado la atención, obli gándome á hacer números en la cuestión de las misas, es esto: si el negocio de Limpia sólo hace treinta y un meses y días que se implantó, ¿cómo es posible que se hayan celebrado tantas misas, no pudiendo decir más que una diaria cada sacer dote?

¡Buen negocio, lo repito, buen negocio! Y sin desembolsos apenas. Seguramente usted, don José, que fué monaguillo ha ce poco tiempo (setenta ó setenta y dos

años, ¿no?), podrá decirnos á cuánto ascien den aproximadamente los gastos ma teriales de una misa.

Y ahora, querido abuelo, que habla mos de milagros.

Es necesario que usted nos haga saber por medio de EL MOTÍN á todos los que leemos lo que escribe su situación finan ciera con toda franqueza y que nos desme nuce los milagros que realiza para poder ir tirando, pues creo indispensable que to memos una determinación radical para ver si podemos reunirnos un buen número que ayudemos con un tanto mensual á EL MOTÍN, ó sea á usted.

Si es necesario que los años de vida que le quedan (muchos que sean y tantos como para mí deséol.) los tenga algo más tranquilos, á fin de que viva más, no sólo por el cariño que hacia usted sentimos, si no por egoísmo; porque ¿qué será de la causa anticlerical el día que usted se vaya á visitar á Satanás? Desgraciadamente yo no he vislumbrado aún ninguno que pu diera servir de sucesor.

Hablando de otra cosa, le estimaré se sirva indicar al administrador que me re mita una lista de todo lo que haya publi cado EL MOTÍN (libros, folletos, postales, láminas, etc) desde su fundación, y de lo que tenga existencias, y su precio, pues quisiera, si es posible, adquirir un ejem plar de cada uno, ó más, de todos.

Cuando tenga un rato disponible le da ré algunos datos de dos pueblos de esta región que pueden llamarse el baluarte del anticlericalismo en España, y son: Buñol y Carlet.

Sin más por hoy, querido don José, y de seándole mucha salud y vista, sabe man da siempre de su más afmo. s. s. q. e. s. m.

JUAN B. IBÁÑEZ CARLES

Valencia 31 Julio 1921.

EL DELIRIO YA!

El artículo á que se refiere la carta an terior, y que han publicado á guisa de reclamo varios periódicos clericales ya firmado por J. B. Ayebe, en Segura (Gui púzcoa) es:

En el nos dice el autor que fué por se gunda vez á Limpia á fortificarse en la fe; que pasan de 250 000 las personas que han desfilado ante la imagen desde que con fecha 30 de Mayo de 1919 se iniciaron los primeros prodigios; que llegan ya á 170 las peregrinaciones, entre ellas una yan ki y dos holandesas; que el número de los videntes es de 25 000 y el de testimonios suscritos de 2.500; que se han celebrado 26 000 misas, y administrado más de 130 000 comunicaciones; sabiendo que sigue en coando el expediente canónico para definir acerca de aquellos hechos sobrenaturales; que la comisión nombrada al efec to por el obispo de Santander ha hecho varias visitas al templo, la última con fecha 9 de Enero del presente año; que la imagen del Cristo ha sido expuesta en las

habitaciones particulares del Papa, y que en las puertas del templo han colocado este letrero:

«Tú que pasas mirame,
detente un poco en mis llagas,
y verás cuán mal me pagas
la sangre que derramé.»

Antójaseme algo irreverente ese Anuncio puesto en boca de Cristo, y creo que quienes explotan el milagro de bieran ser, en todo caso, los llama dos á suscribirlo.

Por si se deciden á hacer esto, les ofrezco gratis este otro que acabo de sacar de mi cabeza:

Tengan ó no tengan fe
y hayan visto ó no hayan visto
mover los ojos á Cristo,
deben soltarnos ¡párné!

Y este Anuncio debiera inscribirse, no en las puertas del templo, si no en un cartelón del tamaño del que usan los charlatanes en las ferias, que po dría enarbolarlo un sacristán robusto al lado derecho de una mesa con un ce pillo de buen tamaño, ocupada por un presbítero concienzudo, colocándose al lado izquierdo un monago que to case el tambor cada vez que cualquier individuo ó cualquier grupo saliese de la iglesia.

Sería de más efecto, y no se comería la punible irreverencia de poner en boca del Cristo una redondilla tan mal hecha.

Dije antes que ofrecía gratis el Anuncio. Me arrepiento, y pido por él unas cuantas indulgencias para ente rarme de cómo son.

RESPUESTA

Mi buen amigo Ibáñez Carles: Me alegro que tampoco haya usted en su segunda visita logrado ver el guño de ojos del Cristo de Limpia; esto me prueba que no es á los impíos á quienes trata de convencer, como yo creía y parecía lo natural, y que, por lo tanto, no habiendo guñado el milagro mas que el 10 por 100 de los visitan tes, el 90 son de nuestra cuerda: pecadores empedernidos.

Sus dudas sobre las 26.000 misas están fundadas. A menos de no haber en Limpia un batallón de presbíteros, no han podido celebrarse. Es posible que hayan traspasado unos millares á sacerdotes amigos, para que las digan en sus iglesias á la intención del que les pagó, contrariando de esta ma

nera su voluntad, que seguramente fué la de que se celebrasen en el mismo templo donde milagrea el Cristo de la Agonia; pues no quiero ¡Dios me libre! suponer que, como en ocasiones ha ocurrido en varias partes, haya ningún celebrante englobado en una misa, tres, ó cuatro, ó diez ó veinte; monstruosa transgresión de las leyes eclesiásticas que perdería el alma del que tal hiciese.

Las veces que yo ayudé á misa como monaguillo ¡oh temporal ¡oh mores! no me enteré de lo que coctaban las hostias ni el vino, ni me fijé en lo que mermaban las velas durante el santo sacrificio; tenía por entonces cosas más interesantes en qué pensar, entre ellas jugar al peón ó la pelota en cuanto acabara mi faena; pero creo que no debían costar mucho, dada la baratura de los artículos de primera necesidad por aquella época.

Hoy tampoco puedo decirselo, mas calculo que ca la misa tendrá de gasto material de 30 á 40 céntimos.

Aplazo para cualquiera de los próximos la contestación al segundo punto que en su carta toca, amigo Ibáñez Carles. Aparte de que es asunto enojoso y difícil de tratar, sería una profanación hacerlo después de haberme ocupado, para admirarlas y difundirlas, de las abnegaciones sublimes de los que desprecian los miserables bienes terrenales, sin duda para que no les roben ni un segundo del tiempo que dedican á cultivar el árbol frondoso de la espiritualidad... productiva.

Gracias por todo, y envíeme pronto los datos que me indica de los dos pueblos que cita, para ofrecerlos á la admiración de las pocas personas de buen sentido que van quedando en España.

Suyo afectísimo amigo

JOSÉ NAKENS

Regeneración republicana

INSISTIENDO

Lo mismo hoy que ayer, y mañana que hoy, seguimos y seguiremos creyendo en la necesidad de hacer una detenida selección entre los hombres más significados de nuestro partido, para que éste vuelva á resurgir con la fuerza y el entusiasmo de tiempos pretéritos.

Y como esta labor de titanes tienen que realizarla necesariamente las Juventudes, á ellos hemos acudido solicitando su concurso y ayuda.

Prescindamos de ideologías, y unidos por el hermoso tríptico que orna nuestro emblema, vayamos todos á una finalidad más práctica y más positiva que la constante y ridícula exhibición en el tablado arlequinesco, donde sólo imperan las pasiones y los egoísmos personales.

Alguien ha dicho, tergiversando intencionadamente la actitud de nuestros propósitos que pretendemos formar un nuevo núcleo republicano. En otra ocasión

quizá nos habríamos reído de tamaño absurdo; pero hoy conviene que sepan todos que, por el contrario, lo que nos proponemos es la fusión de las Juventudes para conseguir por ahora el triunfo moral de la causa republicana.

Una vez adheridas, se nombrarían delegados que formarían el Directorio para los hechos comunes, y todos serían colaboradores, puesto que no habría jefatura.

Creemos que esto bastará para deslucir falsas suposiciones y para que jamás pueda titulársenos de inconscientes defensores de un ideal que sobreponemos a nosotros mismos.

Las Juventudes de provincias tienen la palabra para decirnos que no ocurre en ellas nada parecido á lo que afirmaron aquellos ex-correligionarios de Barcelona, en carta dirigida á don José, de que sólo habían quedado allí cuatro panaguatos en las misas de los cafés, á sueldo del Ayuntamiento.

Si callan, ellas sabrán por qué. Nosotros no podíamos, no queríamos, no debíamos hacerlo, y hemos hablado.

Pro antes de avanzar más, debemos volver la vista para coatar los que nos siguen.

ANTONIO ESPINOSA. —VICTOR VILA. —LUIS DIAZ OYUELOS.

Madrid y Agosto 1921

UN CASO MAS

La tarde del martes, cuando sólo faltaba media hora para dar de mano en la jornada en la casa que se construye en el número 5 de la calle de San Agustín, el andamio sobre el que trabajaban se desplomó, quedando los a bañiles revueltos entre los maderos y utensilios de trabajo.

Sus compañeros acudieron á auxiliarios, conduciéndoles rápidamente á la Casa de Socorro del distrito del Congreso, donde calificaron de graves las lesiones de uno, de pronóstico reservado las de dos, y de escasa importancia las de varios.

No pido que se procese al arquitecto, al maestro de obras y al encargado por el Ayuntamiento de inspeccionarlas, por que recuerdo la absolución que recayó en el proceso seguido contra los culpables del hundimiento del tercer depósito del Canal de Lozoya, y me digo: ¿para qué perder el tiempo ni gastar papel, tinta y plumas?

El muerto al hoyo, los que queden inútiles á la miseria con sus familias, y los que puedan seguir trabajando á esperar tiempo para liquidar en otro hundimiento.

Y tiento en la lengua, que aún cabe gente en la cárcel.

Las dos hambres

Con gran fruición ponen algunos periódicos este epígrafe, escrito en letras grandes: «El hambre en Rusia», pero esos mismos periódicos evitan

cuidadosamente este otro título: «El Hambre en Madrid.»

Es natural.

Aquello se pone como diciendo: «Si será mala la República de los Soviets, que enjendra el hambre para el pueblo y, si en Madrid hay también hambre... pues, ayúdenme ustedes á sacar consecuencias.»

Pero es que allí se caen muertas las gentes por las calles.

Es verdad, y eso sucede á los que no comen nada. Que se mueren pronto y en cualquier parte.

Aquí les da tiempo de llegar á casa á morir, porque no es que no coman, sino que comen muy poco y muy malo. Ahora habría que dilucidar esta cuestión.

¿Qué muerte es mejor? ¿La que viene pronto por la completa falta de alimentos, ó la que viene poco á poco, y á veces tarda años en venir cuando se come mal, y son la anemia, la tuberculosis y la imbecilidad las que van convirtiendo á los hombres en guiñapos?

Si es mejor la primera muerte, en Rusia están mejor que en Madrid, aunque sin la dicha de verse gobernados por Allende y La Cierva.

Si es mejor la segunda, bien podemos unirnos á *La Epoca* y el *ABC* gritando: «¡Esos son los efectos de no tener Monarquía ni conservadores!»

¡Mirad á los desdichados rusos muriéndose pronto de hambre mientras que aquí hay muchísimos españoles que resisten la depauperación y la tuberculosis hasta los veinticinco y los treinta años.»

Por añadidura, y según las noticias que nos traen hasta los mismos socialistas, allí el hambre es general, mientras que aquí, Dios sea bendito, no la pade en mas que gentes completamente cursis, viajeros de tercera de los que no debemos ocuparnos si no es para que paguen contribuciones y vayan á la cárcel de vez en cuando.

El aspecto de Rusia dicen que es horrible. Los periódicos, si los hay, no publican crónicas de sociedad. ¿Que van á publicar, si allí no se baila un mal fox trot ni se conoce *La Dogaresa*?

En cambio aquí, sino fuera por el Ayuntamiento, que se ha empeñado en que Madrid tenga algún parecido con los barrancos y montañas de los Andes, presentaría nos el aspecto más alegre y elegante del mundo.

Porque es de advertir que esos miserables que se consumen por falta de alimentación, no viven en nuestros barrios, ni frecuentan nuestros paseos ni asisten á nuestros teatros.

No turban nuestras digestiones, ni descomponen el cuadro de nuestro deliciosa Madrid.

De modo que bien pensado el asunto, hay que convenir en que Rusia está mucho peor que España, ó mejor dicho, que Rusia está mal y España está admirablemente, y, sobre todo Madrid,

donde, si hay quinientas mil personas que casi no comen, hay cien mil que comen a lo Lúculo y se saben de memoria ese divino fox-trot de los Pages de La Dogaresa.

JUAN GIL

COMO EN EL REINADO DE CARLOS II

Me encuentro a un padre jesuita amigo mío, al que hice años no había visto. Es el tal, con ser de la Compañía de Jesús—á ella perteneció el padre Mir—mucho menos clerical que ciertos liberales, liberalitos y liberaluchos. Frente al Congreso, iba yo camino del Hotel Palace, me lo encontré. Pronto hablamos de la cosa pública.

—Aquí precisamente—dijo—vi el desfile de la gran procesión eucarística. Me asombró. Las ventanillas del Congreso estaban ocupadas por damas aristocráticas que aplaudían á sus parientes y amigos que las saludaban. Un recuerdo de los tiempos caballerescos: el paladín saluda á su dama cuando va á la cruzada...

Sorrel.

Mi amigo el jesuita me corrigió, me puso serio con este razonamiento:

—De una cruzada se trata, de una cruzada contra el liberalismo, contra la impiedad, contra el descreimiento, contra esas mismas Cortes, contra el espíritu del siglo que decía la generación anterior á la de nosotros. Ustedes los liberales se maldicen el dedo y nosotros los soplamos la dama, la Dalcinea ¡Pobre don Quijote!

El jesuita, que es hombre listo, que sabe ver y se ha echado cargo, me dió cabal idea de la procesión.

—Me chocó—dijo—ver de unificar á militares llevando estandartes y cruces, menesteres que desempeñan entre nosotros los sacristanes y los cérgos menores. También me sorprendió el ver disfrazados de monaguillo á niños de familias nobles, cosa que ya ha ocurrido—me asegura un compañero—en el templo de San Francisco de Borja. Muchas otras sorpresas tuve, como la de ver en la gran parada á miembros de casas linajadas que sirvieron á Carlos III, á José I y á don Amadeo de Saboya.

Se refirió, lisonjero, á artículos míos y me dejó gratamente sorprendido con esta revelación:

La mejor crítica del acto me la hizo aquí un compañero mío que viendo pasar la procesión exclamó: «si la mitad del esfuerzo, del talento y del arte organizador empleado en Congresos, manifestaciones, entronizaciones, etc., etc., se hubieran dedicado á crear ó fomentar virtudes ¡cuán otra sería la suerte de España!

—Aguda y exacta observación.

—La hizo aquí mismo el Padre... (callo su nombre) al que usted conocerá de otras.

—Tenía razón. A medida que crecen estas devociones, y conforme impera la Iglesia, aumentan en proporción directa la ignorancia, la criminalidad, el vicio y la miseria. Con decir lo último basta. Miseria física, miseria económica, miseria moral, miseria intelectual. Es un efecto, no una causa, de lo que usted toma por tal.

Nos enfrascamos en una discusión. Mi amigo es religioso, es católico á macha martillo. En la controversia salió á relucir el consabido paralelo entre estos tiempos y los de Carlos II.

—La comparación esa no es que es de moda; entra por los ojos. Hay, distinguiendo tiempos y épocas, muchas analogías. En la semejanza de esta procesión y caquel auto de fe, y en la carstia del pan, se han fijado ustedes, hay muchos puntos de comparación.

Citó algunos el jesuita y entre los puntualizados por él y que pueden darse á la publicidad recuerdo el paralelo entre devociones de hoy (el Jesús de Medinaceli, el Cristo de Limpia, las fiestas de la Iglesia de Borja, las reliquias de Fernando III) y devociones del siglo XVII con motivo del traslado á la capilla de los restos de San Isidro y de canonizaciones y beatificaciones. La de no sé cuál Magdalena, la de San Pedro Alcántara y la de San Fernando, San Cayetano, San Francisco de Borja, San Felipe Berillo, San Luis Beltrán y Santa Rosa de Lima, enumeró el sacerdote regular.

Y como me asombraba y hasta me reía, me atajó asombro y burla diciéndome:

—Observe usted que no beatificaron ni canonizaron en los tiempos de Clemente X, papa, y de Carlos II, rey, á San Patrocinio y á Juan de Rivera, y al decir esto reía él.

Me recomendó relevara la «excelente obra de Maura y Gamaz» y con esto se despidió, dejándome indignado más contra los liberales que contra los adversarios, y recordando la gran frase del jesuita: «si la mitad del esfuerzo que han puesto en el dominio social lo hubieran puesto en el cultivo de la virtud»...

Si eso hubiera hecho la Iglesia, no sería verdura de las eras su florecimiento.

ROBERTO CASTROVIDO

La lista oficial de las pérdidas alemanas durante la guerra acaba de ser publicada en Berlín.

En ella figuran 1.797.308 muertos, 4.246.874 heridos y 200.000 desaparecidos.

Esas cifras aterradoras me recuerdan «qué escrito que allá por Abril de 1915 dirigió el Papa al Kússer y en el que se destacaba esta frase:

«En el amor cristiano á la Humanidad que distingue á V. M.»

La vida tal cual es

LOS LAZOS DE LA SANGRE

—¡Pobre mujer! Se me parte el alma de verla así. ¡Qué desengaño para una madre! ¿Qué va á ser de esta infeliz?

—¿No tenía un hijo que era carpintero?

—Sí, pero se lo mataron el año pasado en Melilla. Ya ve usted, á los setenta y dos años y casi ciega... Es un dolor, una tristeza muy grande... Vamos, señá Rita, que Dios aprieta pero no ahoga... Ya se lo podía usted esperar, ya sabe usted que las hijas monjas como si estuvieran muertas.

—Pero si yo no la pido nada, si yo sólo la pedía una recomendación para la marquesa del Peñasco, que es muy amiga de ellas, para que me diera á lavar la ropa de la casa, y vea usted la

carta que me envía la ingrata, la sin corazón, á mí que tanto hice por ella cuando me quedé viuda, y que la crié sin pasar privación alguna. Lea usted, lea usted...

—«Mi querida madre en el Sagrado Corazón: Recibí la suya que me causó mucha tristeza al ver los apuros que pasa usted y á sus años, mucho más careciendo del apoyo de mi hermano que santa gloria haya. Nosotras, madre, las religiosas, al romper con el mundo rompimos también con los lazos de la sangre, y el amor á nuestros deudos se purifica en la presencia de Dios, pues todos los días pedimos á Dios por ellos, pero no nos permite nuestro estado que nos mezclemos en sus apuros é inquietudes, pues esto equivaldría á meter al mundo dentro del claustro. Yo todas las semanas ofrezco dos comuniones por usted, y todas las noches la encomiendo á Dios, pero no puedo darle nada, ni hablar á la marquesa, como usted pide, pues la Madre Superiora no quiere que la molesten en nada, y, además, me resulta muy violento que la madre de una religiosa de este convento, que ya sabe usted es de los más distinguidos de esta población, vaya á hacer de lavandera á casa de nuestros protectores. Dios la ayudará por otro lado, como yo se lo pido sinceramente á mi madre Santa Teresa. Recuerdos de las madres, y usted ya sabe que no la olvida un momento en la presencia de Dios su hija.—Sor Ignacia de la Cruz.»

—¡Vamos, si esto no se puede leer sin perder la paciencia! ¡Ingratas! ¡Hipócritas! ¡Gandulas!

—Señora Eulalia, repare usted que es mi hija, y me duele verla tratar así.

—¡Ah! Usted es una santa; no merecí tener una madre como usted. Si fuera hij mía, ya le diría yo eso de los lazos de la sangre, á ver si eran las monjas las que la habían parido ó no. No se desespere usted: la señá Enriqueta y yo ya le buscaremos una buena casa, y si no sale esa, otra saldrá.

—Son ustedes muy buenas: Dios se lo pagará.

Dios ó el Demonio. Entre nosotras, si no hay lazos de sangre hay corazón, que es lo principal.

—Es verdad, es verdad...

FRAY GERUNDIO

LOURDES

Leemos que se prepara una peregrinación nacional á Lourdes.

Como buenos patriotas que á nuestra manera somos, protestamos del agravio y ofensa que con esa romería se hace á las santas éfigies de Cristo y su madre que en España se veneran.

¿Que dirán, en efecto, entre otras y otras, la Virgen ibérica, la de la Fuencisla, el Cristo de Limpia y el Cristo de Candás?

Tan madres de Dios son las españolas

como la francesa. Y en cuanto a hacer milagros, ya tenían la negra de Monserrat y la llamena Macarena las muñecas peladas de ender zar cojos y remendar esgarados, y la bella durmiente de la caverna de Lourdes no había aún curado un simple sabañón ni un orzuelo.

Es ese un hecho bien palpable. Pero en esta tierra no hay ya religión, ni piedad, ni gratitud.

Si sombra de estas antiguas virtudes quedara, si hubiera nada más un poco de instinto de conservación, a estas horas Barcelona y Zaragoza ya habrían pedido un arancel protector de la devoción a sus celestiales patronas y hubieran exigido que se gravara la industria extranjera de las peregrinaciones a Lourdes, que tan ruinosa competencia está haciendo al Pilar, a Monserrat, a Covadonga, a Getsef, a todas nuestras montañas y villas de la gracia y del milagro.

No se puede concebir esa captación de creyentes y clientes de parte de una República masona en un país de tradición y de fe.

Nos sobran aquí imágenes que den vista a los sordos y oído a los ciegos.

La Empresa de baños y los mercaderes de quincalla religiosa de Lourdes no han descubierto hasta ahora ninguna América con su gruta de Massabielle y su pastorcilla iluminada, su pucela virgine.

En la Edad Media ya corcábamos esos trucos aquí.

Nuestras santuarios no son tan fastuosos y ostentosos como el fanfarrón nuevo rico Lourdes. No van a ellos cientos mil peregrinos por temporada, ni celebran sesenta mil duros de limosnas todos los años.

Los pies de nuestras Madonas no están en lilisencias de oro, como los de la que vió la espiritista de Bortres. Pero, en lo de hacer portentos, se las tienen tiesas con la más pintada.

Los prodigios de Lourdes no han sido reconocidos por la Iglesia. Allí no sana, ni es milagroso nadie. El que va con una joroba vuelve con ella. Los habitantes de la villa de la salud y la resurrección se mueren como los de los demás pueblos del orbe.

La carne enferma, la humanidad desahuciada, los deshechos de hospital y de clínica, mezclados en la santuronería bobalicona ó panielucante, que acuden a la guarida de la aparición, regresan con los mismos achaques y dolencias con que fueron.

Y menos mal si no recogen alguna miseria nueva. Porque en Lourdes no atunda el agua, y como en la piscina y en las bañeras no se renueva el líquido más que dos veces al día, en un mismo caldo se zambullen toda clase de enfermos. Así que a los veinte minutos de servicio se hace un jarabe en el que flotan hilos de sangre, costras, pellejos, algodones, gassa, esputos de tísicos, trapos, vendajes, restos de todos los males, de todas las ligas, de todas las pedrúridas imaginables é inimaginables.

ANGEL SAMBLANCAT

Prisión Celular de Barcelona

Las peregrinaciones

I

Los peregrinos de la Edad media, infelices a quienes hacían creer les alimpe-

bátiles ministros del Altísimo en las garras del fanatismo, cumplían sus votos de manera muy distinta a los católicos de hoy.

Sus viajes eran una serie continuada de sacrificios y privaciones impuestas en aras del amor a la religión, por la cual—cosa que hoy, pocos ó ninguno harían—daban gustos sus vidas y haciendas.

Aquellos eran los verdaderos creyentes, al decir de los sacerdotes, de la sublime religión del Crucificado.

¡Ah, cuánto gozarían desde el papa hasta el último clérigo al ver aquellas antiguas peregrinaciones! No cabían pruebas mayores del fanatismo de que estaban poseídos aquellos hombres ciegos de espíritu.

Vestidos con tosco sayal de paño burdo, cubierta la cabeza con sombrero de anchas alas, y apoyándose en el cayado, del que llevaban pendiente la tradicional calabaza, emprendían el camino con los pies descalzos, puesta su confianza en el Hacedor, por medio de veredas en las que apenas estaba señalado el paso del hombre, y eran caminos de carnívoros animales y desalmados frágidos.

Los zaguanes de las casas señoriales y los barcos de las hosterías les servían de prasa, alimentándose de la limosna mendigada de puerta en puerta. En España se acagian en castos especiales, creados por el monarca, y en ellas eran recibidos con amor de Dios; según frase de un conocido escritor.

Y así, de esta manera, realizaban sus peregrinaciones, que llevaban a feliz término, dando después gracias a Dios por haberles impuesto grandes penalidades. ó, en caso contrario, por haberles dejado triunfar de ellas.

Ya vemos, pues, cómo eran los peregrinos de antaño; veamos cómo son los de hoy.

II

Los peregrinos de hoy se diferencian en mucho de los de ayer.

El sayal—¡quién piensa en tan ridícula vestimenta!—no se usa ya; el sombrero de anchas alas ha desaparecido, y el cayado no ocupa lugar alguno.

Todo ha sido sustituido. El sayal se cambió por el chaquet, la levita ó el frac en el hombre, y por bellos y bien cortados trajes, arrglados a la última nota variante de la moda, en la mujer. El sombrero de anchas alas se ha trocado por el de copa en el hombre, y por el de rigor, según la estación, en la mujer.

Y, por último, el lugar del cayado lo ocupan el bastón, la sombrilla y el quitasol, no ocurriéndole a nadie ir sin botines y zapatos y ni siquiera sin medias ó calcetines.

Los viajes los emprenden por el ferrocarril eligiendo los carruajes más cómodos y elegantes, y durante la santa expedición se hospedan en grandes hoteles, en los que se acuestan en blandos y mullidos lechos donde descansan de tanta fatiga.

¡Pobrecitos!

¡Los manes de sus antepasados los bendecirán!

A. VÁZQUEZ GÓMEZ

Desde que el anterior artículo se publicó en un almanaque de EL MOTIN allá por los años mil ochocientos y tantos, han aumentado prodigiosamente las facilidades para hacer pere-

grinaciones con todo lujo y comodidad.

Y esto ha acrecido la fe de tal modo, que todo el que quiere echar hoy una cana al aire, en verano especialmente, se lanza a ganar la gloria en ferrocarril, bicicleta ó automóvil.

Y aun los que van a pié, que son pocos y en pequeños trayectos, se divierten tanto por el camino, que dos pecados capitales, por lo menos, quedan con frecuencia descalabrados: el tercero y el quinto. Pero a bien que luego les aplican el árnica de la confesión, y quedan perfectamente curados.

En fin, que esta vida hay que pasarla lo más divertidamente posible, por si no hubiere otra, que nos quiten lo bailado.

Quisicosas clericales

EL CUARTO DE HORA DEL DIABLO

Las leyes de Dios, Moisés dictó desde el Sinaí; bendijo al pueblo, y después vió al diablo y le dijo así:

—«Para tentar y perder a las almas, Satanás, sólo podrás disponer de un cuarto de hora, y no más.»—
Y el diablo de gozo loco, dijo: «Pues puede el Eterno, aunque un cuarto de hora es poco, hacer más grande el Infirno.»

RAMON DE CAMPOAMOR

Exposición de animales hubo en las Navas del Zurro, y el cura presentó un burro de aquellos más calsales. El escribano Costales presentó un cebón serrano, y el tribunal, muy ufano, con rectitud bien segura, premió al borrico del cura y al cerdo del escribano.

JACKSON VEYAN

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Barcelona.—F. Soldevilla. Abonada su suscripción a fin M 120 1922.

Torralba de Calatrava.—Emilio García I., a fin Septiembre 1921.

Neda.—M. Gómez. Id. a fin Junio 1922.

Alcoy.—J. N. Varro. Id. a fin Abril 1922.

Almadén.—M. Lasheras. Id. a fin Enero 1922.

Navalcarnero.—Pedro Lojo. Recibido su G 10 de 18 pesetas. Conforme.

Godall. José R. de. Id. de 10 a cuenta.

Ferrol.—Tomasa Torrente. Id. de 60 a cuenta.

Montijo.—G. Burriana. Id. de 3,15. Conforme.

Sarria.—Manuel González. Id. de 25. Gracias.

Algeciras.—José Trelles. Id. de 13,50. Conf. rme.

Santander.—E. Garea. Id. de 7,20. Conforme.

Barcelona.—Fernando Soldevilla Idem de 2,50. Gracias.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2. Madrid.